

En el centenario de su muerte: Domingo Faustino Sarmiento y el periodismo

Enrique RÍOS VICENTE
Universidad Complutense (Facultad de CC. de la Información)

«Las publicaciones periódicas son en nuestra época como la respiración diaria; ni libertad, ni progreso, ni cultura se conciben sin este vehículo que liga a las sociedades unas con otras y nos hace sentirnos a cada hora miembros de la especie humana por la influencia y repercusión de los acontecimientos de unos pueblos sobre los otros» (Sarmiento, *Recuerdos de provincia*)¹.

El pasado 11 de septiembre se cumplía el centenario de la muerte del gran argentino Domingo Faustino Sarmiento. Pocas veces han evocado su recuerdo, a pesar de ser, el constructor de la nueva Argentina como le califica Aníbal Ponce en el título de su obra².

Sarmiento no es grande sólo para los argentinos, lo es para todo el mundo y sobre todo para el de habla hispánica. Así debemos verle también los españoles, a pesar de que algunos autores consideren al escritor de Facundo como antiespañol, actitud que se pretende probar a través de su libro de viajes.

Convendría aclarar definitivamente la supuesta antiespañolidad de Sarmiento, aunque de algún modo ya lo hizo Unamuno al considerar su odio a España como el de un español cualquiera que la quiere bien. En este sentido, puede decirse que adelantándose a la «generación del 98» le dolía España, no porque no la quisiera, sino por la realidad que había dejado en América; y, sobre todo, por el espectáculo lamentable de la pérdida de valores que seguía mostrando y que Sarmiento pudo constatar durante su viaje por tierras de España con motivo de su visita a Europa. Parece que a Sarmiento le dolía España de la misma forma que le dolía la «realidad rosista». Por ese motivo combatió a Rosas con todas sus fuerzas.

Aparte del centenario sarmentino, merece la pena recordar su figura y su obra de cara al V Centenario del Descubrimiento, ya que fue uno de los más importantes constructores de la nueva Argentina y uno de los hombres más insignes del mundo de la comunicación. En definitiva, Sarmiento fue un periodista excepcional.

¹ Domingo Faustino SARMIENTO: *Recuerdos de Provincia*, Ed. Kapelusz, Buenos Aires, 1966, p. 259.

² Aníbal PONCE: *Sarmiento, constructor de la nueva Argentina*, Ed. Solar/Hachette, Buenos Aires, 1976.

Sarmiento, periodista

Desde el punto de vista literario, incluso histórico y en otros muchos, su obra ha sido bastante estudiada, pero también muy olvidada durante largos períodos de tiempo, y, por ello, el centenario de su muerte nos invita a recordarla en uno de los aspectos menos conocida, bajo la vertiente de la comunicación, en su proyección periodística. Sarmiento fue un periodista de pies a cabeza, y de modo más extenso, un comunicador de ideas a través de la biografía y del periodismo. Las ideas no eran para él representaciones pálidas desvinculadas de la vida: las sentía, por el contrario, como fuerzas actuantes, aliadas o enemigas, entremezclándose y dirigiendo los gritos de la plaza ³.

Sarmiento sabía que las ideas eran motores vitales que había que comunicar a la sociedad para hacer bueno su pensamiento de que eran ideas todas las que regeneran o pierden a los pueblos, así como la falta de ideas, la barbarie pura.

Apenas acababa la Argentina de salir de la opresión española cuando el sueño de libertad se vio segado en flor por la ambición y la falta de entendimiento de los hombres que la habían hecho posible. Sarmiento vivió desde pequeño rodeado de dificultades: familiares y sociales. La pobreza fue compañera asidua de su niñez, pero, a pesar de todas las dificultades, destacó en él una voluntad de hierro para llegar a ser alguien en un país recién estrenado, sin medios, y, lo que es peor, arrastrando aún el lastre que impedía el acceso del pueblo a la cultura. Por ello, a medida que Sarmiento tomaba conciencia de las carencias de su país, nacía en él en ansia de arraigar y extender la educación.

Revolución y comunicación social

La revolución política, aquella que diera como fruto la emancipación y conquista de la mayoría de edad argentina, ya se había producido, pero de forma adelantada, y por ello, se echaba de menos una auténtica revolución social. Sarmiento es el hombre singular que en pleno siglo XIX lleva a cabo una espléndida revolución social con la utilización de una sola arma: la imprenta ⁴.

Efectivamente; no sólo de los libros, sino también de aquellas gacetas que olían todavía a ideas revolucionarias, de las que trascendía aún de sus columnas del calor enciclopédico, tomó su amor a los tipos de imprenta. Sarmiento se enamoró de la imprenta e hizo de ella el medio y el

³ Aníbal PONCE: *La vejez de Sarmiento*, Buenos Aires, 1927.

⁴ *Sarmiento y el periodismo*. Selección, prólogo y notas de Alberto Fernández Leys, Universidad Nacional, La Plata, 1962, p. 65.

modo de llevar a la sociedad la educación y la cultura que la faltaban. Sería absurdo intentar presentar o analizar una obra tan extensa como la sarmentina desde todas sus vertientes: como educador y hombre apasionado por la educación de su pueblo, a través de ensayos, libros, leyes, creación de bibliotecas; como maravilloso biógrafo, o simplemente como periodista deseoso de extender la cultura o luchar contra la injusticia y la tiranía o para conseguir, en definitiva, una auténtica revolución social, necesaria en América.

En resumen, la pasión por la imprenta le llevó a descubrir en ella el mejor medio de comunicación de ideas, y por ello, hizo que la imprenta estuviera al servicio de sus ideas ⁵. Ya en su juventud hizo uso de la imprenta para constituirse en uno de los máximos azotes de la dictadura rosista. Para convertir su pensamiento en acción fundó su primer periódico «El Zonda» del que sólo llegaron a aparecer seis números en su primera etapa. Ya sabemos lo que le costó «El Zonda» a este paladín de la libertad: una paliza y posteriormente el destierro ⁶.

Desde el primer número Sarmiento se mostró como un auténtico periodista combatiente. Había entrado en el mundo de la comunicación como un verdadero torrente, y aún más exacto sería decir como el «zonda». No en vano el periódico llevaba el nombre del viento más temido de la región. Simún de las travesías, enloquecedor como una pesadilla sofocante y ardiente como una lava, «El Zonda» arrastraba consigo torbellinos de polvo espeso en que la superstición local creía reconocer a los demonios ⁷.

La aparición de «El Zonda» constituía para Sarmiento una necesidad vital para dar salida a sus ideas y ponerlas al servicio de la revolución social, que creía conveniente. «El Zonda» se mostró desde el principio como órgano oficioso de la «Joven Argentina», que había hallado en la biblioteca de Quirogarrosas su fortaleza y su arsenal. Cada sábado el periódico fustigaba las costumbres de la aldea, la angostura de su criterio, la miseria de la rutina y la opresión. Verdad es que, para no levantar resistencias inmediatas, algunos «vivas» a la Federación, visiblemente colocados, trataban de distraer un poco a los lectores peligrosos. No obstante, la intención verdadera de «El Zonda» no podía permanecer mucho tiempo en la penumbra. Rosas, que vigilaba siempre desde Buenos Aires las filiales provinciales de la «Joven Argentina», no se dejó engañar por los «vivas» a la Federación, como no se había dejado engañar tampoco por el gacetín en apariencia inocente de «La Moda» ⁸.

⁵ *Op. cit.*, p. 65.

⁶ *Op. cit.*, p. 65.

⁷ Aníbal PONCE: *Sarmiento, constructor de la nueva Argentina*, Ed. Solar/Hachette, Buenos Aires, 1976, p. 59.

⁸ *Op. cit.*, p. 59.

No es de extrañar que el primer periódico sarmentino tuviera escasa vida. Las autoridades, instigadas por Rosas, trataron de ahogar los gritos de «El Zonda» que se repetían en cien ecos. No lo prohibieron abiertamente. La única imprenta que existía en San Juan era propiedad de la provincia y en ella se imprimía el periódico. El gobernador halló un método que no era nuevo, pues ya se había practicado en Europa. Recurrió al gravamen o impuesto. Desde el número seis, El Zonda habría de pagar a doce pesos cada pliego de papel.

El joven periodista se negó a pagar lo que suponía su ruina y, más aún, el cierre del periódico a corto plazo. Tan firme era su voluntad de no pagar como de continuar editando «El Zonda». Apareció el sexto número y no pagó el impuesto, pues el gobernador tenía en su mano la ocasión propicia para hacer desaparecer el periódico. La continua negativa de Sarmiento a pagar le valió su encarcelamiento. El encierro no le hubiera hecho cambiar de postura, pero sí los ruegos de su hermana Bienvenida que consiguieron que Sarmiento efectuara el libramiento de la deuda.

Hacia la libertad

El encarcelamiento del periodista cambió los hechos de forma radical. Gracias al mismo gobernador, Benavidez, que antes había decretado la prisión: En su camino hacia Chile, país del exilio, escribió antes de de traspasar la frontera, en un lugar visible: «On ne tue point les idées.» Unos arrieros que lo habían visto, aunque no entendían la frase, se rieron de él argumentándole que las lluvias borrarían muy pronto su mensaje. «Lo que yo he escrito no se borrará jamás», les contestó convencido de que su frase llegaría a las autoridades y quedaría para la posteridad aunque no fuera de su invención⁹.

Aquella frase tomada del autor francés Volney o de otro cualquier autor¹⁰ iba a dar la vuelta al mundo mostrándonos la firmeza del carácter sarmentino, y en aquel momento, a poner en guardia al gobierno tiránico de Rosas.

A fines de 1840, cuenta el mismo Sarmiento en *Facundo*¹¹, salía yo de mi patria, desterrado por lástima, estropeado, lleno de cardenales, puntazos y golpes recibidos el día anterior en una de esas bacanales sangrientas de soldadesca y mazorqueros. Al pasar por los baños de Zonda, bajo

⁹ Domingo Faustino SARMIENTO: *Recuerdos de Provincia*, Ed. Kapelusz, 7.ª ed., Buenos Aires, 1966, p. 240.

¹⁰ Domingo Faustino SARMIENTO: *Facundo, civilización y barbarie*, Prólogo de Roberto Yahni, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1970, p. 16.

¹¹ *Op. cit.*, p. 16.

las armas de la patria que en días más alegres había pintado en una sala, escribí con carbón estas palabras: On ne tue point les idées.

El hecho llegó a oídos del Gobierno y fueron enviados emisarios a fin de descifrar lo que ellos consideraban «desahogos, insultos y amenazas»¹². Sarmiento había dejado claro que iba camino de la libertad, y desde Chile, «donde la libertad brillaba aún, me proponía hacer proyectar los rayos de las luces de su prensa hasta el otro lado de los Andes», explicó en *Facundo*¹³.

Por ello, Sarmiento entró en Chile como un ventarrón, golpeando puertas, rompiendo vidrios, despertando a las gentes de su sueño¹⁴. Nada excepto ideas, dice Sarmiento como explicación de su frase en los baños de Zonda, excepto consuelos, excepto estímulos, arma ninguna nos es dado llevar a los combatientes, si no es la que la Prensa libre de Chile suministra a todos los hombres libres. ¡La Prensa!, ¡La Prensa! He aquí, tirano (se refiere a Rosas) el enemigo sofocante entre nosotros. He aquí el vellocino de oro que tratamos de conquistar. He aquí como la prensa de Francia, Inglaterra, Brasil, Montevideo, Chile, Corrientes, va a turbar tu sueño en medio del silencio sepulcral de tus víctimas: he aquí que te has visto compelido a robar el don de lenguas para paliar el mal don que sólo fue dado para predicar el bien; he aquí que descienes a justificarte y que vas por todos los pueblos europeos y americanos mendigando una pluma venal y fratricida para que por medio de la Prensa defienda al que la ha encadenado¹⁵.

Comunicación en plenitud

Durante su destierro en Chile, 1841-1853, Sarmiento iba a buscar en el periódico una manera feliz de derivar su formidable vocación de educador; pero aún más, se iba a manifestar plenamente¹⁶ como el gran comunicador, como consumado periodista, como paladín de la libertad, y, en definitiva, como escritor fecundo, pues no en vano allí escribió su «*Facundo*», y tras su regreso de Europa, excitado por la persecución rosista de que era objeto, escribiría «*Recuerdos de Provincia*». La mayor parte de su obra periodística fue también producida durante su destierro en Chile.

¹² *Op. cit.*, p. 16.

¹³ *Op. cit.*, p. 16.

¹⁴ Aníbal PONCE: *Sarmiento, constructor de la nueva Argentina*, Ed. Solar/Hachette, Buenos Aires, 1976, p. 62.

¹⁵ Domingo Faustino SARMIENTO: *Facundo, civilización y barbarie*, *op. cit.*, p. 24.

¹⁶ Aníbal PONCE: *Sarmiento, constructor de la nueva Argentina*, *op. cit.*, p. 59.

Aparte de su publicación de «El Zonda», Sarmiento aún no había manifestado su inclinación periodística. Fue precisamente en Chile donde consiguió darse a conocer. Envío un artículo al periódico de Valparaíso «El Mercurio» sobre la batalla de Chacabuco, con el que no sólo llamó la atención, sino que se granjeó la amistad protectora del ministro Manuel Montt. El artículo en cuestión le abrió también las puertas del periódico que le fijó un sueldo. Desde aquel momento colaboró asiduamente en «El Mercurio» de Valparaíso y en «El Nacional» de Santiago desde 1839 a 1842. En este último año hasta 1845 lo hizo también en «El Progreso» desde su primer número, coincidiendo en ese año la publicación de «Civilización y Barbarie» como folletín.

Las estancias en Chile fueron clave en el vida de Sarmiento, y, sin duda, allí se produjo no sólo su obra literaria más famosa, sino también la mayor parte de su obra periodística. En aquellos años cuarenta, Sarmiento había llegado al convencimiento de la necesidad de la prensa para conseguir la libertad de los pueblos. Por esa razón diría más tarde, en sus «Recuerdos de provincia» que «las publicaciones son en nuestra época como la respiración diaria; ni libertad, ni progreso, ni cultura se conciben sin ese vehículo que liga a las sociedades unas con otras»¹⁷, palabras escogidas para encabezar este trabajo en recuerdo del primer centenario de la muerte del autor argentino.

Bajo el punto de mira del texto citado encabezaba Sarmiento toda su obra periodística. La prensa era necesaria como la respiración, y por ello, lo mismo la usaba para exponer sus ideas sobre educación y cultura, para polemizar con Andrés Bello sobre la reforma de la lengua, para replicar a Alberdi en sus Ciento y una, o para organizar campañas contra los emisarios de Rosas y sus maniobras. En el Progreso preparó una campaña contra la llegada a Chile del embajador Baldomero García que era un emisario para hacerle callar. En este sentido, el asesinato de Varela¹⁸ en Montevideo cuando era director del periódico «El Comercio del Plata» nos recuerda el peligro a que estuvo sometido Sarmiento por parte de la dictadura rosista. Respecto a Sarmiento, Ponce relata la visita que recibió del coronel Juan Mur para ofrecerle un ministerio de parte de Rosas. La contestación de Sarmiento pasó a la posteridad: «Juro a usted que dentro de dos años le encontraré en Buenos Aires y le cruzaré el rostro a latigazos.» Y, efectivamente, cuando volvió a Buenos Aires tras la caída de Rosas, al encontrarse con el coronel Mur cumplió lo que había prometido.

¹⁷ Domingo Faustino SARMIENTO: *Recuerdos de Provincia*, op. cit., p. 259.

¹⁸ Aníbal PONCE: *Sarmiento, constructor de la nueva Argentina*, op. cit., p. 95.

Reencuentro con Alberdi

Sarmiento era intolerante con los traidores, con los paniaguados y los oportunistas, pero no lo era con sus enemigos ideológicos, ni con aquellos contrincantes que defendían ideas distintas y hasta contrarias a las suyas. Se suele citar como muestra de su gran humanismo el recibimiento que hizo a Alberdi siendo ministro del Interior (1879). El autor de las *Cartas Quillotanas*, enemistado con él desde la polémica de 1853, tenía miedo a Sarmiento a su vuelta a Buenos Aires cuando el autor de las «Ciento y una» era ministro del Interior con Avellaneda.

A los veinte años de destierro voluntario, enconada su ambición insatisfecha, mortificado más que nunca su pobre cuerpo, Alberdi regresaba al país como diputado de su provincia al Congreso de la Nación. Al llegar a Montevideo se enteró de que el viejo enemigo ocupaba el ministerio del Interior. Pusilánime como siempre, temió encontrar de parte del Gobierno un recibimiento glacial. Permaneció unos días en Montevideo hasta que un amigo le transmitió la absoluta seguridad de que Sarmiento había olvidado las ofensas. Para demostrárselo el señor ministro dio las órdenes oportunas y fue su saludo el primero que Alberdi recibió en la patria ¹⁹.

A pesar de todo, Alberdi fue a saludarle con cierto miedo. Cuando anunciaron su visita, Sarmiento conversaba con un personaje importante, pero inmediatamente se puso en pie y se adelantó a recibir a su viejo enemigo: —¡Doctor Alberdi, en mis brazos!

De nuevo volvió a mostrar Sarmiento su gran humanidad. Esa actitud soportaba en él una línea constante de actuación. Siempre agrandaba a sus rivales, les dotaba de talla de gigante combatiéndolos. No había en él desprecio, nada que empequeñeciera o humillase porque no sabía disminuir sino ampliar. Ninguno de sus enemigos podría haberse quejado sino de que les considerase de su misma estatura y corpulencia. Tampoco podían quejarse de que los combatiera con armas pérfidas ni en mala ley, sino con esa generosidad de los buenos peleadores que comunican al vencido una gran parte de su gloria ²⁰.

Boletín del Ejército Grande

Uno de los momentos más difíciles de entender en la vida de Sarmiento es el del encuentro con el general Urquiza. El autor de «*Recuerdos de provincias*» había luchado contra Rosas más que ningún otro desde la prensa, pero cuando se unió al Ejército del general Urquiza no recibió nin-

¹⁹ *Op. cit.*, p. 129.

²⁰ *Op. cit.*, p. 121.

gún puesto dentro del ejército en cuanto tal. El primer encuentro entre ambos había sido frío, y el general le relegó encomendándole el boletín de campaña. Dice Ponce que el general manifestó con esa decisión en la persona de Sarmiento su desprecio al intelectual ²¹.

Aunque Sarmiento vuelve a dar de nuevo talla de su humanidad no se comprende su postura de resignación ante la altanería de Urquiza, a no ser bajo el aspecto de la estima que el periodista sentía hacia la comunicación por su incidencia en la sociedad. Desde el primer momento se entregó con toda su alma al oficio de boletínero del Ejército Grande, que llevaría a cabo el triunfo de Caseros el día 3 de febrero de 1852, provocando la derrota y la caída de Rosas.

El destino de Sarmiento como boletínero suponía un desprecio por parte del general, pero no fue asumido por nuestro autor en ese sentido ya que no hubiera aceptado, sino como una oportunidad más de poder comunicarse con el pueblo a través del oficio de boletínero. Desde el primer momento vivió entregado a la imprenta haciendo en ocasiones verdaderos milagros para poder transportarla y seguir a las tropas. A pesar de esa fidelidad y entrega, el general Urquiza siguió buscando cualquier ocasión para humillarle. «Cuando las vicisitudes os oprimen —aconsejó Sarmiento en cierta ocasión— buscad el espectáculo de las cosas que son superiores a las vicisitudes humanas: el curso de los grandes ríos, las costas del mar, el perfil de las montañas.» ²²

La actitud de Urquiza no pudo impedir que Sarmiento fuera también uno de los triunfadores en Caseros y que desde el mismo despacho de Rosas escribiera a sus amigos de Chile comunicándoles el triunfo. Una vez conseguida la victoria, considerando la actitud y los celos de Urquiza poco favorables, se exilió voluntariamente a Chile. Amparado de nuevo por la hospitalidad del vecino país, Sarmiento continuó manifestándose como un hombre entregado al mundo de la comunicación. Durante esta segunda etapa publicó el «Monitor» (1852), algún libro como «Campaña en el Ejército Grande», que provocó las «Cartas Quillotanas» de Alberdi, a las que respondió con «Las ciento una».

Comunicación y biografía

Su obra periodística se ve constantemente envuelta en polémicas campañas, pero nuestro autor siempre tuvo presente que la comunicación a través de la prensa era imprescindible para llegar al pueblo. Debido a ello recurre en no pocas ocasiones a la biografía. «La biografía es, pues, el compendio de los hechos históricos más al alcance del pueblo y de una instruc-

²¹ *Op. cit.*, p. 98.

²² *Op. cit.*, p. 125.

ción más directa y más clara. Mucho trabajo cuesta comprender el enlace de la multitud de acontecimientos que se desenvuelven a un mismo tiempo; pero nada es más fácil, ni hay cosa que excite mayor interés y nuevas simpatías más ardientes, que la historia particular de un hombre...»²³

Durante esos años de destierro y desde la prensa iba a elaborar una teoría sobre la concepción de la biografía. Llega a concluir que la biografía es ante todo historia. La biografía es para Sarmiento una magnífica ocasión para hacer historia a la que une, además, de sus ideas románticas, la pedagogía y la estética. La historia es una gran biografía, y a su vez, la biografía aclara e ilumina los senderos de la historia²⁴. Por esta razón, no sólo «Facundo», sino toda la obra argentina en general, es considerada como una gran biografía. Toda la obra de Sarmiento es una vasta biografía en la que de una u otra manera aparece su autobiografía²⁵. Don Yo, como llamaba el vulgo a Sarmiento, cuando escribía, se escribía a sí mismo. Aunque esto es cierto, Sarmiento no se escribía a sí mismo para que fuera admirado o contemplado su estilo estéticamente, sino para comunicarse y educar. La entrega al servicio de los demás se realiza mediante la comunicación.

Ese sentido de la comunicación es lo que hace que su estilo sea lo más opuesto al preciosismo. Rehúye la afectación, y por ello, llega más directamente al alma. «El espíritu de los escritos de un autor —dijo en “Recuerdos de provincia”— cuando tiene un carácter marcado, es su alma, su esencia. El individuo se eclipsa ante esta manifestación, y el público menos interés tiene en los actos privados que en la influencia que aquellos escritos han podido ejercer sobre los otros.»²⁶

En las palabras anteriores nos entrega Sarmiento su secreto. Cuando escribía entregaba su alma, volcaba toda su hondura humana en beneficio de los demás a través de la más perfecta comunicación. La etapa más fecunda del periodismo-comunicación de Sarmiento tiene lugar durante su estancia en Chile; pero no se agotó durante aquellas etapas su venero comunicacional. Allí, en libertad, pudo satisfacer su ansia de educación y culturización del pueblo mediante la comunicación social por los periódicos, a través de los ensayos y los libros y hasta por la enseñanza directa como maestro y profesor.

No obstante, el escritor argentino no abandonó nunca su actividad periodística; ni siquiera en los momentos de plena entrega política. Es cierto que las etapas últimas de su vida estuvieran más ligadas a la historia

²³ Domingo Faustino SARMIENTO: «De las biografías» en *El Mercurio de Valparaíso*, 20 de mayo de 1842, p. 8.

²⁴ Domingo Faustino SARMIENTO: *Facundo, civilización y barbarie*, op. cit., p. 8.

²⁵ *Op. cit.*, p. 9.

²⁶ Domingo Faustino SARMIENTO: *Recuerdos de Provincia*, op. cit., p. 259.

argentina, por lo que su vida y la historia se mezclan de tal manera que es difícil separarlas ²⁷, pero su actividad comunicacional va a seguir siendo igualmente intensa como concejal de Buenos Aires y como Senador por San Nicolás de los Arroyos a la Legislatura de mayo de 1857, o como Gobernador de San Juan y como Presidente de la nación en 1868.

El periodismo de Sarmiento es tan vario, tan intenso y prolongado, que sólo él podría llenar infinidad de páginas. Además de fundar y ser el alma de un buen número de periódicos, escribió de forma incansable en otros periódicos de su época. Sería interesante conocer cuántos artículos de prensa escribió durante su extensa vida comunicacional. En esta ocasión y como recuerdo en el centenario de su muerte, basten por ahora estas pocas páginas sobre este periodista argentino, figura excepcional de las letras del mundo hispánico.

Domingo Faustino Sarmiento. Cronología

- 1811. Nace el 15 de febrero en la ciudad argentina de San Juan.
- 1815. Su tío, José Eufrasio de Quiroga Sarmiento, después obispo de Cuyo, le enseña las primeras letras.
- 1816. Es uno de los primeros alumnos de la Escuela de la Patria, abierta el día 22 de abril.
- 1820. Ingresa en el Colegio de Monserrat de Córdoba, pero lo abandona al poco tiempo por una enfermedad.
- 1821. A comienzos de año, su padre gestiona su ingreso en el Seminario de Loreto de Córdoba, pero fracasa en sus intentos.
- 1823. José Clemente Sarmiento solicita una plaza en el Colegio de Ciencias Morales de Buenos Aires y se le niega, a pesar de que su hijo era uno de los mejores calificados.
- 1825. Durante tres meses trabaja como ayudante del ingeniero francés Víctor Barrau, quien le enseña geometría y el arte de levantar planos.
A mediados de año va a vivir con su tío el sacerdote José de Oro, en San Francisco del Monte (San Luis), donde enseña a leer a hombres y mujeres de la comarca.
- 1826. Estudia con su tío en San Francisco del Monte y con él funda una escuela.
- 1827. Regresa de nuevo a San Juan y atiende el comercio de su tía Angela Salcedo, donde se pasa gran parte del tiempo leyendo a Cicerón, Franklin, Rousseau, Chesterfield, etc.

²⁷ Conrado EGGERS: *Sarmiento*, Compañía Bibliográfica Española, Madrid, 1963, p. 31.

1828. El 17 de junio se le nombra subteniente de la 2.^a compañía del batallón de infantería provincial de San Juan. Presenta su renuncia es relevado y conducido ante el Gobernador, quien le hace detener por insubordinación. El tribunal de guerra le libera por las excusas y ruegos de su familia.
1829. El día 10 de junio participa en el combate de Niquivil a las órdenes del general Nicolás Vega.
1830. El día 13 de abril asciende a ayudante del Escuadrón de Dragones de la Escolata.
El 14 de agosto se le promueve a ayudante del primer escuadrón de Milicias de Caballería de San Juan.
1831. Emigra a Chile y se hace cargo de la escuela municipal de Santa Rosa de los Andes.
1832. Cesa como maestro en Santa Rosa y se establece en Pocuro donde abre una escuela.
1833. Se establece en Valparaíso como dependiente en una tienda. Estudia inglés. El coronel Vega le nombra a final de año mayordomo en la mina de plata La Colorada en Copiapó.
1834. Lee a Walter Scott y comienza a traducir el inglés.
1836. Establece amistad con Manuel Quiroga Rosas, Antonio Berestain, Guillermo y Franklin Rawson, con quienes funda una «sociedad literaria». Sarmiento lee autores franceses como Lerminier, Cousin, Jouffroy, Guizot, Villemain, Tocqueville, Leroux, Chateaubriand, Lamartine, Dumas y Hugo.
1839. El 9 de julio inaugura en San Juan un colegio pensionado para niñas.
El 20 de julio aparece «El Zonda».
El Gobernador suspende el periódico el 25 de agosto.
1840. El 8 de noviembre se le detiene y pone en prisión acusado de compromiso en una conspiración.
El 18 la soldadesca le saca de la cárcel para lancearlo y le salva la mediación del Gobernador.
El día 19 sale desterrado hacia Chile. Al pasar por los baños de Zonda, escribe en una piedra: On ne tue point les idées, que traduites después como «¡Bárbaros!, las ideas no se degüellan».
1841. El 11 de febrero publica su primer artículo en «El Mercurio» de Valparaíso sobre la batalla de Chacabuco.
El 14 de abril hace su aparición en Santiago el periódico «El Nacional». Se le nombra director, cargo que desempeña durante los nueve números que aparece.
El 7 de julio aparece como director de «El Mercurio», cargo que abandona a finales de septiembre, cuando intenta volver a la Argentina, pero en la cordillera se encuentra con las tropas fugitivas de Lamadrid y organiza una expedición de auxilio.

1842. El Gobierno de Chile crea en enero la Escuela Normal de Preceptores, la primera de Sudamérica y le nombra director.
El 10 de noviembre funda el periódico «El Progreso», primer diario que ve la luz en Santiago de Chile.
El 23 de diciembre, con Vicente Fidel López, funda en Santiago «El Herald» argentino, del que sólo aparecen dos números.
En febrero aparecen las entregas de «Mi Defensa».
1843. Deja «El Progreso» en mayo y el 18 de junio se le nombra profesor de la Facultad de Filosofía y Humanidades de Chile.
El 17 de octubre lee una «Memoria sobre la ortografía americana» con proyecto de reforma ortográfica. Publica un «Método de lectura graduada», adoptado por la Facultad y que el Gobierno manda seguir en las escuelas públicas. Funda con Vicente Fidel López el Liceo, escuela privada para niños.
1844. Sarmiento vuelve a «El Progreso» en abril.
1845. El 10 de febrero comienza a publicar en «El Progreso» la biografía de Aldao como boletín.
Desde el 2 de mayo aparece también en el Progreso, como boletín, la primera entrega de Civilización o barbarie —Vida de Juan Facundo Quiroga.
El 17 de octubre inicia su viaje a Europa y los Estados Unidos enviado por el Gobierno de Chile para observar la organización y los métodos adoptados por la instrucción primaria.
1846. El 6 de mayo desembarca en el puerto de El Havre (Francia).
El día 1 de octubre «La Revue de deux Mondes» comenta elogiosamente el Facundo.
El 6 de octubre llega a Madrid procedente de Francia.
El 24 de diciembre desembarca en Argel, tras una visita a Barcelona y Palma de Mallorca.
1847. Entre los meses de enero y junio viaja desde Africa a Marsella y desde aquí a Roma, para proseguir luego viaje hacia el norte de Italia. Después visita Berlín y otras ciudades alemanas.
El 13 de junio regresa a París tras completar su gira por Alemania y los Países Bajos.
El 17 de agosto se embarca en Liverpool hacia los Estados Unidos después de visitar Londres y Birmingham. El 15 de septiembre llega a Nueva York.
Después de una estancia de dos meses en Estados Unidos llega a La Habana el 4 de noviembre y el 8 del mismo mes se embarca para Santiago de Chile.
1848. Tras recorrer los países americanos del Pacífico, desembarca en Valparaíso el 24 de febrero.
Se instala nuevamente en Santiago y reanuda su labor educativa.

- Presenta al Gobierno chileno su informe sobre «educación popular».
- El 19 de mayo contrae matrimonio con Benita Martínez Pastori-za.
- El 22 de diciembre muere su padre en San Juan.
1849. Funda en Santiago el periódico «La Crónica» que aparece el 28 de enero.
- En los primeros meses del año publica «De la educación popular».
- El 11 de abril Rosas reclama su extradición para juzgarlo como conspirador.
- El 22 de abril aparece el primer tomo de Viajes a Europa, Africa y América.
- El día 1 de mayo aparece en Santiago el primer número del pe-riódico «La Tribuna» editado por su yerno Julio Belín.
- El 21 de julio, Rosas formula una nueva petición de extradición que rechaza el Gobierno de Chile.
1850. En el mes de febrero aparece en Santiago «Recuerdos de provin-cia».
1851. En febrero funda «Sud América» para ocuparse de problemas de gobierno, economía, etc.
- El 12 de septiembre se embarca en Valparaíso en compañía de Mi-tre y otros militares, rumbo a Montevideo para incorporarse al ejército que prepara Urquiza contra Rosas.
1852. El 3 de febrero interviene en la batalla de Caseros.
- El 24 del mismo marcha hacia Río de Janeiro y desde allí se em-barca para Chile.
- El 15 de agosto publica «El monitor de las escuelas primarias», en-cargado por el Gobierno de Chile y que subsiste hasta 1856.
- El 12 de noviembre publica en Chile «Campaña del Ejército Gran-de» y con ese motivo abre la polémica con Alberdi.
1853. El 13 de abril publica en Santiago el primer prospecto de lo que se llamará después «Las ciento y una» en respuesta a las «Cartas sobre la Prensa y la política militante en la República Argentina», más conocidas como «Cartas Quillotanas», de Juan Bautista Al-berdi.
1854. El 12 de enero llega a Mendoza. Se le detiene y encarcela junto con toda su familia, acusado de conspirador. Los tribunales de Men-doza le absuelven el 9 de febrero.
1855. El 4 de mayo vuelve a San Juan y desde allí llega a Buenos Aires donde permanece durante más de cinco años.
- Ingresa en «El Nacional» como jefe de redacción en sustitución de Mitre.
- El 26 de julio forma parte del Consejo Consultivo del Gobierno

- de Buenos Aires y el 27 de agosto se le nombra profesor de Derecho Constitucional de la Universidad de Buenos Aires.
1861. A causa de los sucesos de San Juan, 31 de enero, renuncia como ministro del Gobierno de Buenos Aires, cargo que desempeñaba desde el 4 de mayo de 1860.
El 22 de noviembre muere su madre.
1862. El 9 de enero se le designa gobernador interino de San Juan.
El 20 de febrero reaparece «El Zonda».
1863. El 4 de diciembre Mitre le nombra ministro plenipotenciario con misiones en Chile, Perú y Estados Unidos.
1865. El 15 de mayo desembarca en Nueva York en viaje desde Lima.
1866. Escribe artículos en el «Tribune» de Nueva York y el «Daily Press» de Boston para desvanecer errores sobre la guerra del Paraguay, y en «La Voz de América», periódico chileno de Vicuña Mackena.
1867. En mayo inicia la publicación de la revista «Ambas Américas».
El 4 de junio sale de Nueva York hacia Francia para visitar la Exposición Universal de París. Recibe diversos homenajes.
1868. El 2 de febrero se proclama su candidatura a la presidencia y el 12 de octubre del mismo año asume el mando, tras haber ganado las elecciones.
1869. Inaugura el telégrafo entre Buenos Aires y Rosario el día 1 de mayo.
1871. Urquiza le recibe con grandes honores el 3 de febrero.
1871. El 18 de mayo inaugura el telégrafo entre Buenos Aires y Córdoba.
1872. El 26 de julio inaugura el telégrafo a Chile.
1873. Publica numerosas medidas de Gobierno.
1874. El 12 de octubre traspasa el Gobierno de la República a su sucesor, Nicolás Avellaneda.
1875. El 29 de mayo es elegido senador nacional por San Juan.
El 26 de octubre el Gobierno de Buenos Aires le nombra inspector general de escuelas.
1878. Reasume la dirección de «El Nacional», donde escribe más de 120 artículos.
1879. El presidente Avellaneda le nombra ministro del Interior el día 1 de octubre.
1881. El día 1 de febrero accede al cargo de Superintendente General de Escuelas de la Nación y funda como órgano oficial del Consejo «El monitor de la educación común» que aparece el día 1 de septiembre.
1882. El Gobierno reúne el Congreso Pedagógico y elige a Sarmiento como presidente honorario el 10 de abril.
1884. Realiza un viaje a Chile en misión cultural.

1887. A comienzos de mayo viaja a Asunción del Paraguay donde permanece por espacio de cinco meses.
1888. A principios de mayo parte por segunda vez hacia Asunción acompañado por su hija Faustina y otros familiares.
En la madrugada del 11 de septiembre muere en su residencia de Asunción y el 21 de septiembre llegan sus restos a Buenos Aires donde tienen lugar una ceremonia en la que el pueblos y las escuelas forman un cortejo multitudinario.

Bibliografía

- ANDERSON IMBERT, Enrique: «Genio y figura de Sarmiento», Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1967.
- BUNGE, Carlos Octavio: «Sarmiento (estudio biográfico crítico)», Espasa-Calpe, Madrid, 1926.
- BUNKLEY, Allison W.: «Vida de Sarmiento», Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1952.
- CUNEO, Dardo: «Sarmiento y Unamuno.» Buenos Aires, 1955.
- EGGERS, Conrado: «Sarmiento», Compañía Bibliográfica Española, Madrid, 1963.
- GALVEZ, Manuel: «Vida de Sarmiento; el hombre de autoridad», Emecé, Buenos Aires.
- GUERRA, Guillermo: «Sarmiento: su vida y sus obras», Santiago de Chile, 1901.
- LOGONES, Leopoldo: «Historia de Sarmiento», Buenos Aires, 1911.
- MARTINEZ ESTRADA, Ezequiel: «Sarmiento», Argos, Buenos Aires, 1956.
- PALCOS, Alberto: «Sarmiento», Emecé, Buenos Aires, 1938.
- PONCE, Aníbal: «La vejez de Sarmiento», Buenos Aires, 1927.
- PONCE, Aníbal: «Sarmiento, constructor de la nueva Argentina», Solar/Hachette, Buenos Aires, 1976.
- ROJAS, Fernando: «El profeta de la pampa», Losada, Buenos Aires, 1945.
- SARMIENTO, Domingo Faustino: «Campana en el Ejército Grande», Edición, prólogo y notas de Tulio Halperin Donghi, Ed. Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1958.
- SARMIENTO, Domingo Faustino: «Facundo, civilización y barbarie», Alianza Editorial, Madrid, 1970.
- SARMIENTO, Domingo Faustino: «Viajes» (Selección), Est. y notas de Florinda Friedmann de Golberg, Ed. Kapelusz, Buenos Aires, 1971.